

Clemens J. Setz

Las abejas y lo invisible

Traducción de José Aníbal Campos



H&O

Título original: *Die Bienen und das Unsichtbare*

Primera edición: septiembre de 2023

© De los textos: Suhrkamp Verlag Berlin, 2020

Todos los derechos reservados y gestionados por Suhrkamp Verlag Berlín

© De esta edición:

H&O Editores

www.hyo-editores.com

Fotografía de la faja: © Rafaela Proell

Fotografía de la contra: Freepik

Diseño de colección: Silvio García Aguirre

Maquetación: Fotocomposición gama, sl

Corrección: María Campos Galindo

Impresión: Arteo

ISBN: 978-84-126262-8-5

Depósito legal: B 14254-2023

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley.

I decided not to be silent when the battery dies.

MUSTAFÁ AHMED JAMA

*Nibuds kömons suvo lü stopöp su lubel – tü minuts degtel.
Nek spidon tope, do nibuds binons mödik.*

[‘Los autobuses llegan con frecuencia a la parada de la colina, uno cada doce minutos. Nadie quiere llegar demasiado pronto a ese lugar, pero son muchos los autobuses que van hasta allí’].

Volapük in Action, curso de idiomas de RALPH MIDGLEY

INTRO

—Mustafá, naciste en Somalilandia, un país que no existe oficialmente. ¿Qué edad tenías cuando llegaste a Suecia?

—Nací en 1979. Después del parto, estuve muerto durante cinco minutos. Nos trasladamos a Suecia cuando yo tenía tres años, después de varios viajes que emprendieron mis padres, dentro y fuera de Somalia, en busca de ayuda para mí.

—¿Recuerdas todavía tu llegada?

—Sí y no. Conservo un diez por ciento de mis recuerdos de entonces.

—¿Cuándo estuviste en condiciones de comunicarte por primera vez?

—A los cinco. Jugaba con otros niños, y un maestro me dio unas golosinas y me dijo: «Entra en esa aula y apréndete esos símbolos bliss. Hoy le estoy sumamente agradecido a ese maestro, porque en aquel momento yo, por supuesto, intentaba hablar como los demás niños, pero me resultaba casi imposible.

—¿Cómo fue esa primera vez en que pudiste decir cosas?

—No siempre fue como ahora. Hoy domino fluidamente los símbolos. Mis clases empezaron con los símbolos para decir *hombre* y *papá*. Luego vinieron los términos para *hermano*, *hermana*, etcétera.

—¿Cuánto tardaste en dominarlos con fluidez?

—Diez años de ejercicios diarios.

—¿Y ahora, sueñas en bliss?

—Claro.

—¿Cómo empezaste a escribir poesía con los símbolos?

—Lo primero que hice fue leer poemas, más tarde fui cogiéndole cada vez más el gusto a la poesía, que se convirtió en una pasión para mí. En algún momento, yo mismo empecé a escribir poemas. Y si me permite hablar en nombre de todos los somalíes: la poesía desempeña un papel central en nuestra vida. No es casual que el escritor británico Gerald Hanley, autor de libros de viaje, haya escrito: «Somalia es el país de los poetas».

—Eso no lo sabía.

—Un hermano de mi abuelo también era poeta. De niño leía a poetas suecos y escuchaba poesía somalí en casetes. Las dos cosas me marcaron mucho. La poesía somalí tiene tendencia a la metáfora. Un poema podría sonar como si el autor, por ejemplo, hablara de la madre naturaleza, aunque se trate de algo muy distinto, algo que todavía nadie conoce.

—¿Hay alguna diferencia entre pensar en símbolos bliss y pensar en sueco?

—Sí, obviamente. El bliss es mucho más diáfano. Te da el significado mismo, sin rodeos. Solo el significado y nada más. Ves realmente lo que es el mundo en realidad. Por ejemplo, la palabra *hospital: edificio más persona enferma*.

—Quedé muy impresionado con tu libro de poemas. ¿Habrá algún nuevo libro tuyo en un futuro próximo?

—No sé si quiero publicar algo de nuevo ni cuándo lo haré. Tal vez cuando esté en la tumba.

—Espero que sea antes.

—En realidad, mi propósito es publicar el resto de manera póstuma. Me repugna la idea de que los periodistas comenten mi obra. Solo me causaría dolor. Pero quizá, si hay suerte, la obra se publicará cuando ya sea anciano y peine canas.

—En todo caso, a mí me encantaría leer otras cosas tuyas.
Tus poemas se te lanzan directamente al cuello.

—Mejor no me alabes tanto, de lo contrario acabaré bloqueándome como escritor.

—Bueno, en mi libro pretendo alabar un poco tus poemas.

—De acuerdo. Intentaré no tenerlo en cuenta.

EL BAILOTEO

*This is not the best we can do.
Noises with your mouth.*

JOE ROGAN, JRE Pódcast #1383

I

La historia es vieja. El escritor italiano Tommaso Landolfi (1908-1979) nos habla en su *Diálogo de los máximos sistemas*, libro del año 1937, de una figura arquetípica básica. Un hombre al que solo conocemos por una sigla, Y., aprende el idioma persa de un capitán inglés que visita en ocasiones su *tratoría* y hace alarde de sus conocimientos de las lenguas orientales. Y. revela ser un alumno aventajado. El persa parece hecho a la medida de su cerebro. Capta las nuevas estructuras gramaticales con naturalidad casi sonámbula. En un tiempo muy reducido, domina tan bien la lengua que escribe poesía en persa. Su breve obra poética lo llena de gran orgullo. Le parece la expresión más directa y no distorsionada de su alma.

Pasados varios años, se le ocurre leer a un clásico poeta persa. Tal vez piense en Hafiz, en Firdausi, en Rumi. Se agencia un libro, lo abre y lo que ve son unos bloques de signos totalmente extraños. Bueno, piensa, a lo mejor el capitán le enseñó mal la escritura persa. Pero, al echar un vistazo a la gramática de esa lengua, se ve de nuevo ante cosas incomprensibles. Lo que el capitán le enseñó no era persa.

El pobre hombre repasa todas las fuentes lingüísticas que puede conseguir, habla con eruditos y profesores, envía textos de prueba, pero nadie conoce la lengua en la que escribe. No hace referencia a nada conocido. Aquel caprichoso capitán tuvo que habérsela inventado.

Nuestro hombre, Y., le escribe una carta y recibe de él una respuesta inaudita:

Estimado señor:

He recibido su carta. A pesar de todos mis conocimientos lingüísticos, una lengua como la que me describe me resulta completamente desconocida, [...]. En lo que atañe a los estrafalarios signos alfabéticos que me adjunta, se asemejan en parte al sistema de escritura arameo, pero, por otro lado, son parecidos al tibetano. Pero tenga la seguridad de que no expresan ni una lengua ni la otra.

Y., desesperado, sale en busca de un crítico para averiguar qué piensa de los poemas que ha escrito en esa lengua tan rara, en cierto modo virgen y fantástica. Ningún ser humano en el mundo puede leerla, pero él, en cambio, ha vertido en ellos toda su alma. Por lo menos desea saber si esa alma se ve contenida en los poemas. «Lo triste del asunto es que ese maldito idioma sin nombre es muy, muy bello, y que lo amo de todo corazón». El crítico le indica que un idioma no tiene necesariamente que ser entendido por los demás para ser portador de poesía. Podría decirse también que el poeta, en este caso, es algo así como un rey con un poder ilimitado en un reino solo administrado y habitado por él mismo, sin que lo afecten la transitoriedad ni los malentendidos de la fama. Vive, en cierto modo, una vida ideal. Al final, el pobre Y. pierde la razón. Así lo interpretan al menos sus coetáneos, después de haberlo observado, una y otra vez, llevando sus papelitos garabateados con esos signos incomprensibles a las redacciones de las revistas literarias.

En la historia, sobre todo en la historia del siglo xx, ha habido muchísimos Y., pero solo muy pocos capitanes. También ha habido críticos. Este libro pretende reunir a algunos de ellos: poetas talentosos, reyes perseverantes en sus reinos solitarios, gente perdida por un tiempo, invisible y perseguida, robots y criminales, héroes y salvadores del mundo.

2

Un ser humano que se dispone a hablar tiene algo de mágico. O eso parece. Pero esa magia se transforma pronto en trágico encantamiento, a veces incluso en una maldición, sobre todo cuando el implicado, en alguna parte, ha de lidiar en solitario con las palabras que se le agolpan en el cerebro, sin perspectivas de hallar a un congénere que lo escuche lleno de comprensión y que hable el mismo idioma.

Werner Herzog nos cuenta que mientras rodaba en Port Augusta, al sur de Australia, el filme *Donde sueñan las verdes hormigas*, conoció a un aborígen que era el último hablante de una lengua completamente aislada de los demás dialectos. El hombre no podía hacerse entender ante nadie. Vivía en una residencia en la que lo conocían por el cariñoso mote de el Mudo. En una entrevista con Paul Cronin, Herzog dice que el anciano pasaba sus tardes echando monedas en una máquina de bebidas vacía y pegando luego el oído para escuchar el tintineo de su recorrido a través del aparato. Cuando se dormía, los enfermeros sacaban las monedas de la tragaperras y se las colocaban de nuevo en el bolsillo, aunque, por lo visto, el mágico retorno del dinero no era el elemento más inquietante en la vida cotidiana de aquel hombre.

[15]

El pasaje que más me ha conmovido siempre de la obra de Franz Kafka, desde mi juventud, se encuentra hacia el final del cuento *Un cruce*. Un hombre posee un animal estrafalario, mitad gato y mitad cordero. Es una herencia de su familia. Su doble naturaleza conlleva algunas dificultades. Por lo que parece, no solo quiere ser gato y cordero, sino también, en cierto modo, aspira a convertirse en ser humano. «A veces salta al sillón, apoya las patas delanteras contra mi hombro y me acerca el hocico al oído. Es como si me hablara y, de hecho, vuelve la cabeza y me mira de frente para observar el efecto de sus palabras. Para complacerlo, hago como si lo hubiera entendido y muevo la cabeza. Salta entonces al suelo y empieza a bailotear alrededor».

De ese bailoteo trata mi libro. De nuestra verdadera naturaleza.



Franz Kafka a los cinco años con un compañero.

El caos empieza cuando deja de existir ese bailoteo que implica sentirse entendido. Algo semejante a lo que ocurre en la espantosa historia del último miembro de los yahi —al que, a falta de algo mejor, bautizaron como Ishi [‘hombre’]—, una tribu de aborígenes americanos cuyo

verdadero nombre ya nadie sabía pronunciar, pues lo mencionaban solo en determinadas épocas. Pero la tribu ya no existía, tampoco esas *determinadas épocas*. Lo que había eran más bien unos seres casi extraterrestres agrupados en torno a ese nombre. Aquel hombre pasó los últimos años de su vida como objeto viviente expuesto en el Museo de Antropología de Berkeley, donde un científico, Alfred Kroeber, lo filmaba e interrogaba sobre todo lo imaginable. Kroeber lo trataba con amabilidad,

aunque solo dominaba un dialecto vagamente emparentado con el suyo. El hombre murió de tuberculosis en 1916.

Un horror muy potente emana de todas esas historias en las que una mente humana, por naturaleza desbordante de posibilidades para expresarse, se sume de pronto, de la noche a la mañana, en un estado de total ausencia de conectividad y contacto. Esa persona ya nunca volverá a bailotear.

En ocasiones son incluso motivos autoimpuestos los que generan la pérdida de todo un mundo.

Un idioma de los aborígenes australianos, el *mati ke*, cuenta solo con dos hablantes: Patrick Nudjulu y Agatha Perdjert. Sin embargo, ninguno de los dos lo usa ya para hablar entre sí. Porque, por desgracia, son hermanos carnales. Por desgracia, sí. Un riguroso tabú de los *Mati Ke* prohíbe que hermanos y hermanas se comuniquen entre ellos una vez rebasada la pubertad. Entrar en contacto con sus hermanos siendo adultos sería para ellos, al menos según lo que nos explica la bibliografía especializada en el caso, algo tan obsceno como para nosotros el incesto. ¡Por otra parte, ellos dos son los únicos miembros vivos de su tribu, de modo que no quedaría nadie en condiciones de castigarlos si rompiesen el tabú! Para ser exactos, ambos gozarían de la misma libertad que los dos últimos seres humanos sobre el planeta Tierra. Pero las cosas no funcionan así. Se acabe o no el mundo, esos hermanos prefieren atenerse al tabú hasta el final de sus vidas, y siguen allí, en su aldea, hablando en inglés y callando en *mati ke*.¹

1. Historia contada en *The Trouble with Diversity*, de Walter Benn Michaels, y mencionada también en *Neoliberalism and Cultural Transition in New Zealand Literature*, de Jennifer Lawn, al igual que en *Spoken Here*, de Mark Abley, quien llegó a visitar a Patrick Nudjulu.

El gran autor francés Emmanuel Carrère escribió todo un libro, *Una novela rusa*, inspirado en el caso de un soldado húngaro al que hicieron prisionero en Rusia en 1944, tomaron por un enfermo mental —entre otras cosas porque no hablaba el ruso ni daba muestras de querer aprenderlo— y encerraron en una clínica psiquiátrica en la pequeña ciudad de Kotelnich, donde permaneció cincuenta y tres increíbles años sin hablar ni una palabra de ruso. No fue hasta el 2000 que lo llevaron de regreso a Hungría, con el cuerpo ya casi rígido, capaz solo de murmurar, y pasó allí los últimos años al cuidado de una hermana, llegando incluso a recuperar el habla. El enigma de por qué nunca aprendió ruso jamás se despejó. Carrère viajó hasta Kotelnich y estudió la historia clínica, de las que se infiere que en la década de 1950 este soldado aún garabateaba las paredes, puertas y ventanas del manicomio con frases en húngaro. A partir de entonces, de él solo se dice, de forma monótona: «Solo habla húngaro». En su expediente se consigna, hacia el año 1965, una única interacción en un improvisado lenguaje de signos. Luego, hasta bien entrados los noventa: «Estado del paciente: sin cambios». Hacia el final, le amputan una pierna.

Más raros aún que los casos derivados de ciertas actitudes obsesivas externas o internas de personas aisladas en su capacidad de comunicación son los provocados artificialmente, de manera intencionada y en pleno uso de la razón, algo así como un lujo pasajero, por llamarlo de algún modo. Encontramos, a lo largo de la historia, a toda una variedad de personas imaginables que se inventaron una lengua propia, la aprendieron y se ocuparon intensamente de ella, al precio de acabar sus días en soledad. En la mayoría de los casos, cuando eso ocurrió, esas personas iniciaron una labor misionera a veces

de un modo leve y desenfadado, otras veces, de manera apasionada y desesperada, en ocasiones iniciando una cruzada o, incluso, una guerra de fe, pero siempre con el mismo objetivo: la creación de otros hablantes.

Algunos de los idiomas artificiales más conocidos, con una exitosa historia misionera a sus espaldas, son el esperanto, el klingon, el volapuk, los símbolos bliss y el lojban. A todos ellos nos acercaremos a través de su poesía y de sus poetas. En esperanto y en símbolos bliss existen incluso hablantes nativos vivos, los llamados *native speakers*. El esperanto es el que cuenta con mayor número de escritores. En 1887, un oftalmólogo de Varsovia, Ludwik Zamenhof, inventó un lenguaje y formuló en un folleto sus normas y la razón de su existencia. Llamó a su creación «Lingvo Internacia», y a sí mismo «doctor Esperanto», lo que en su nueva lengua significaba ‘doctor esperanza’. Pronto el idioma empezó a denominarse como su nombre artístico. El mismo año en que surge, quien más adelante se convertiría en amigo de Zamenhof, Antoni Grabowski, aprende el idioma y comienza a escribir poemas himnicos en esa lengua. En 1889 empieza a imprimirse en Núremberg la primera revista escrita íntegramente en esperanto. Hacia 1900 se forman en todo el mundo las primeras asociaciones. En el año 1907 le sigue la primera novela de quinientas páginas. Hoy la literatura en esperanto cuenta con un gran número de ejemplos en todas sus variantes, dispone de corrientes literarias propias y épocas históricas y, todo hay que decirlo, la densidad poblacional de sus poetas geniales es muy elevada.

Pero ¿qué hace exactamente un poeta que escribe en una lengua inventada por una sola persona? ¿Es de veras lo mismo que escribir en lenguas que se han desarrollado de forma natural?